

GALERIA DRAMATICA

Y

CENTRO DE ADMINISTRACION,

COMPRENDIENDO

LAS MEJORES OBRAS

DEL TEATRO

ESPAÑOL Y ESTRANGERO.

DE

LOS PRINCIPALES AUTORES.



Madrid.

Editor propietario M. P. Delgado.

CALLE DE JESUS Y MARIA, N.º 4.

CATÁLOGO DE LAS OBRAS QUE SON PROPIEDAD DE ESTA GALERÍA
publicadas hasta 1.º de Enero de 1876.

día de Castro.—Abuelito.—Abuelo.—Abuela.—A cazar me vuelvo.—Acertar de Villalar.—Adel el Zegrí.—Adolfo.—Afan de figurar.—A la una.—A la Zorra ni.—Alberto.—Alcalde Ronquillo.—Al César lo que es del César.—A lo hecho el Cásto.—Alfredo de Lara.—Alfonso Munio.—Alonso Cano.—Amante prestado.—Ambicion.—Ambicioso.—Amigo en candelero.—Amigo mártir.—Amo de re.—Amor de hija.—Amor y deber.—Amor y nobleza.—Amor y amistad.—Amorosos.—Amoríos de 1790.—Angelo.—Ango.—Antony.—Antonio Perez.—Apoteosis de Aragon y Castilla.—Ardides de un cesante.—A río revuelto.—Arte de conspirar por fortuna.—Astrólogo de Valladolid.—Atrás.—Aviso á las coquetas.—A un caballo.—Aurora de Colon.—Ayuda de cámara.—Anillo de la duquesa.—Arte por arte á nieve.—Amar sin dejarse amar.—Antaño y ogaño.—Acuerdo municipal de Millar Mendarias.—Baltasar Cozza.—Bandera blanca.—Bandera negra.—Barbero de Sevilla.—Bastardo.—Batelera de Pasages.—Batilde, o Amélie.—Blanca de Borbon.—Beltran el napolitano.—Bodas de doña Saucha.—Borracho.—Bruja de Lanjaron.—Bruno el tejedor.—Caballero de industria.—Caballero leal.—Caballo del rey don Sancho.—Cada cosa en su tiempo.—Calentura.—Calígula.—Calumnia.—Campanero de la Cruz.—Capitan de Fragata.—Carcajada.—Carcelero.—Cárlos II el hechizado.—Casada, vírgen y mártir.—Casamiento nulo.—Casamiento sin amor.—Casamiento de interés.—Castigo de una madre.—Castillo de S. Alberto.—Casualidad de Médicis.—Catalina Howar.—Cazar en vedado.—Cecilia la ciegucecita.—Celoso.—Cerdan, justicia de Aragon.—Chiton.—Cisterna de Albi.—Club revolucionario del banco.—Coja y el encogido.—Colegiales de Saint-Cyr.—Colon y el juicio del rey de Prusia.—Comodin.—Compositor y la estrangera.—Conde don Juan de Fiesco.—Conspirar por no reinar.—Con amor y sin dinero.—Contigo por siempre.—Corazon de un soldado.—Corsario.—Corte del Buen Retiro, 1.ª parte.—Corte del Buen Retiro, 2.ª parte.—Corte de Cárlos II.—Cortesanos de don Juan H.—Crisol de la vida, ó las máscaras negras.—Cristóbal el leñador.—Cromwell.—Cruz de oro.—Cuarentena.—Cuarto de hora.—Cuentas atrasadas.—Cuidado con la vida.—Cuna no dá nobleza.—Celos de un alma noble.—Caja de plata.—Corazon de Mateo, *zarzuela*.—Calderon.—Carta y guarda pelo.—Cenicienta.—Cortesanos de chaqueta.—Cuadros al fresco.—Clavo ardiendo.—Cuello del tambor.—Degollacion de los inocentes.—Del mal el menos.—Desbaratado.—Desengaño en un sueño.—Detrás de la cruz el diablo.—De un apuro otro mayor.—Dia mas feliz de la vida.—Diana de Chivri.—Dios mejora sus horas.—Dioses juntos.—Diplomático.—Disfraz.—Disfraces.—Dómine consejero.—Don Alvaro ó la fuerza del sino.—Don Crisanto.—Don Fernando el de Antequera.—Don Alvaro el Emplazado.—Don Jaime el Conquistador.—Don Juan de Austria.—Don Juan de Marana.—Don Rodrigo Calderon.—Don Trifon, ó todo por el trapisonda.—Doña Blanca de Navarra.—Doña Gimena de Ordoñez.—Doña Mencía.—Doña Mencía.—Doña Urraca.—Dos amos para un criado.—Dos hijas casaderas.—Dos coronas.—Dos validos.—Dos celosos.—Dos granaderos.—Dos padres y dos solterones.—Dos vireyes.—Dos venganzas y un castigo.—Dos tribunos.—Doña.—Duque de Braganza.—Duque de Alba.—Duquesita.—Dote de Maria.—Duende del meson, *zarzuela*.—De España á Francia.—D. Quijote.—D. Quijote.—Eco del torrente.—Editor responsable.—Egilona.—Elisa, ó el precipicio.—Ella por todo pasa.—Elvira de Albornoz.—Ella es.—Ella es él.—Ellas y nosotros.—Ejemplar de una venganza.—Encubierto de Valencia.—Encantos de la voz.—Entrada.—Entremetido.—Entrada en el gran mundo.—Ernesto.—Errores del corazon.—Escuela de las casadas.—Escuela de las coquetas.—Escuela de los hijos de los viejos.—Espada de mi padre.—Espada de un caballero.—Español.—Estaba de Dios.—Está loca.—Estrella de oro.—Errar la vocacion.—Es un bicho.—Es un bicho.—Escomulgado.—El diablo está en todas partes.—En palacio y en pueblo.—En el siglo de las luces.—Espulsion de los jesuitas.—Escuela de las amigas.—Escuela del delito.—En todas partes hay de todo.—Entre dos mundos.—Encapuchado.

AMAR SIN DEJARSE AMAR.

Juguete cómico en un acto,

ORIGINAL DE

D. FRANCISCO BOTELLA Y ANDRÉS.

Representado con grande aplauso en el teatro de Variedades el 18 de Marzo de 1855.



MADRID.

IMPRENTA DE DON CIPRIANO LOPEZ.

Cava-baja, n.º 49, bajo.

Junio 1857.

PERSONAGES.

ACTORES.

EDUARDO.	<i>Sr. Albalat.</i>
LUISA.	<i>Srta. García.</i>
CATÁLINA.	<i>Srta. Lansac.</i>

Este juguete pertenece á la Galería Dramática, que comprende los teatros moderno, antiguo español y extranjero, y es propiedad en el todo de su editor *Don Manuel Pedro Delgado*, quien perseguirá ante la ley, para que se le apliquen las penas que marca la misma, al que sin su permiso le reimprima ó represente en algun teatro del Reino, ó en los Liceos y demás Sociedades sostenidas por suscripción de los Socios, con arreglo á la ley de 10 de Junio de 1847, y decreto Orgánico de teatros de 28 de Julio de 1852.

ACTO ÚNICO.



Sala elegante: un balcon á la derecha en segundo término.
Puerta á la izquierda, otra al foro.

ESCENA PRIMERA.

LUISA. CATALINA.

Luisa. Ha pasado Eduardo esta mañana?

Catalina. Señora, yo no le he visto; como no haya pasado en el momento en que entré al tocador...

Luisa. Lo ves? regularmente habrá pasado; eres muy desobediente. No te tengo mandado que no te muevas un instante de ese balcon?

Catalina. Pero, señora, hay á veces una necesidad urgente que le hace á una abandonar el sitio que ocupa, por interesante que sea.

Luisa. Nada, he dicho que no te muevas de ahí, y tu obligacion es obedecerme. Quiero saber á punto fijo el momento en que Eduardo pasa por esa calle.

Catalina. Bien podia entrar en la casa, porque eso de estarse haciendo el oso todo el dia bajo de los balcones tiene poca gracia. Si la quiere á usted que suba, que se declare, y asunto concluido; usted tambien le quiere, con que no debe temer una negativa.

Luisa. Es que si se me declara, le digo fijamente que no, le doy calabazas.

Catalina. Pero usted le quiere?

Luisa. Sí, le quiero, pero no consentiré nunca que él diga que me quiere.

Catalina. Pues entonces, cómo se han de entender ustedes?

:

Luisa. Ese es el caso; yo no sé cómo nos hemos de entender, pero sé que no quiero que nos entendamos como todos se entienden.

Catalina. Vaya una aprension.

Luisa. No, no es aprension, es que la práctica saca maestros, y como yo ya tengo práctica en esto de amores, no quiero que nadie me la pegue. Mi primer marido se me declaró como todo el mundo acostumbra á declararse, es decir, me dijo que me queria; pero es el caso que á los quince dias de nuestro casamiento les decia lo mismo á todas las mujeres bonitas, y ya ves qué ratos me haria pasar. Ay! es una calamidad un hombre que tenga la costumbre de decir á las mujeres que las quiere! Cuando el cielo dispuso de él y me quedé viuda, juré no volverme á casar con ningun hombre que me dijera: «la quiero á usted.» Nada, nada, aunque me quiera, que no me lo diga, porque de lo contrario, si hoy me lo dice á mí, mañana se lo dirá á todas.

Catalina. Vaya una aprension! Pues es particular. ¿Con que si Eduardo la dijera á usted que la adora...

Luisa. Le daría calabazas.

Catalina. Y sin embargo usted le quiere.

Luisa. Mucho.

Catalina. Pues cómo se ha de arreglar?

Luisa. Yo no sé; que se arregle como quiera, con tal de que no sea como de costumbre se arreglan estas cosas.

Catalina. Pues trabajo le mando.

Luisa. Que aguce su imaginacion. Nada, tú no te muevas un momento de ese balcon y avísame cuando pase, que yo volveré á verle.

ESCENA II.

CATALINA, *sola.*

Pues señor, nunca he visto una manía mas particular! Con que es decir que quiere que la quiera y que no la quiera? ó mejor dicho, que la quiera y que no se lo diga? Cómo va á arreglarse el señorito Eduardo? y el caso es que como él no sabe nada, á la primera

ocasion va á declararle su amor y lo echa á perder, porque le dá calabazas. Ja! ja! es una cosa original! (*Va al balcon.*) Si yo pudiera avisarle... Ah! allí le veo; voy á hacerle subir y á enterarle de todo. Chit... chit... (*Hace señas con el pañuelo.*) Sí, suba usted; estoy sola, suba usted. Ah! ya lo ha comprendido, ya va á subir. Le haré este favor y algun regalillo me valdrá; así, sabiendo ya la manía de mi señora podrá inventar un medio de salir airoso con su empresa.

ESCENA III.

CATALINA. EDUARDO.

Eduardo. Me has llamado?

Catalina. Ah! sí señor; tengo que darle á usted una noticia.

Eduardo. Oh felicidad! Cuando una criada se apresura á dar una noticia á un amante, buena debe ser.

Catalina. Tiene de buena y de mala.

Eduardo. Oh desgracia! cuando una criada dice á un amante que la noticia es mala, muy mala debe ser.

Catalina. He averiguado una cosa.

Eduardo. Oh ventura! cuando una criada averigua una cosa...

Catalina. Una cosa que puede perjudicarle á usted algo.

Eduardo. Oh desgracia! cuando una criada...

Catalina. Pero me dejará usted concluir?

Eduardo. Sí, concluye, concluye, ángel custodio de mis amores. Pero te advierto una cosa; ten entendido que si lo que vas á decirme me conviene te regalo un napoleon, y si es alguna majadería te pego un puntapie que bajas rodando las escaleras de cuatro en cuatro.

Catalina. Muchas gracias.

Eduardo. Con que adelante.

Catalina. Mi señora le ama á usted.

Eduardo. Oh dicha!

Catalina. Pero...

Eduardo. Oh desgracia! no me gustan los peros.

Catalina. Caramba! me dejará usted hablar una vez?

Eduardo. Sí, prosigue.

Catalina. Como decia: mi señora le ama á usted.

Eduardo. Y yo tambien la amo á ella.

Catalina. Ay! pues ése es el caso, que ella no quiere que usted la ame.

Eduardo. Cómo?

Catalina. Sí señor, dice que ha jurado no casarse con ningun hombre que la diga «te quiero.»

Eduardo. Es particular!... entonces...

Catalina. Que su primer marido, que la dijo «te quiero,» lo decia tambien á las demás, y por eso para casarse con usted no quiere que se lo diga.

Eduardo. Hombre, pues es raro! Entonces, cómo vamos á entendernos?

Catalina. Por eso le he llamado á usted para que invente un medio...

Eduardo. Pues señor, allá veremos. Es decir que he de hacerle el amor sin hacérselo, ó que le he de decir que la quiero sin decírselo, ó lo que es lo mismo, que yo le... y que ella me... sin hablarnos una palabra? Vaya usted á comprender este enigma! el demonio son las mujeres! está visto, no quieren que uno les diga lo que quiere, sino que lo haga sin decirlo; es el camino mas corto. Pues descuide usted, señora viudita, que yo ya estoy adiestrado en el arte de enamorar.

Catalina. Pues, señorito, ahora que lo sabe usted todo márchese, no sea que venga la señora y crea que yo le he enterado.

Eduardo. Sí, pero no tardaré mucho en volver.

Catalina. Es lo mejor.

Eduardo. Adios.

Catalina. Acuérdesse usted que no ha de decirla nunca que la quiere.

Eduardo. Descuida, que no se me olvidará. Hasta luego. Voy á disponer mi plan de campaña. (*Vase.*)

ESCENA IV.

CATALINA.

Ea, ya lo sabe todo; ahora podrá arreglarse como mejor le parezca. He hecho muy bien en advertírselo,

porque hubiera sido una lástima que estos platónicos amores hubieran terminado por una palabra indiscreta.

ESCENA V.

CATALINA LUISA.

Luisa. Ah! ya te vuelvo á pillar lejos del balcon!

Catalina. Señora!

Luisa. Tendré que despedirte, Catalina, si así abusas de mi confianza.

Catalina. Señora, sino ha pasado todavía.

Luisa. Ya; cómo le has de haber visto pasar, si te has separado del balcon?

Catalina. Es que...

Luisa. Nada, no quiero excusas; lo cierto es que has desobedecido mis órdenes.

Catalina. Ay! mírele usted, allí está. Cielos! ha entrado!

Luisa. Adónde?

Catalina. Aquí! Sube la escalera; sí, siento pasos.

Luisa. Cielos! será cierto?

Catalina. Ah! ya está aquí.

Luisa. Ah!

ESCENA VI.

DICHOS. EDUARDO.

Eduardo. Buenos dias, señoras.

Luisa. (Ay! qué saludo tan ordinario.)

Eduardo. Ustedes están buenas? me alegro mucho. (Se sienta.)

Luisa. Caballero...

Eduardo. Señora? ah! estrañará usted que me haya sentado; pues mire usted, no es estraño, porque estoy muy cansado.

Luisa. Pero... (Es original!... Retírate, Catalina.)

Catalina. Yo lo observaré todo. (Vase.)

ESCENA VII.

EDUARDO. LUISA.

*(Eduardo tararea un vals.)**Luisa.* Está usted cantando?*Eduardo.* Usted lo oía?*Luisa.* Si señor.*Eduardo.* Pues entonces podia usted haber escusado la pregunta.*Luisa.* Tiene usted unas cosas...*Eduardo.* Ya lo creo.*Luisa.* Que me sorprenden mucho.*Eduardo.* Pues mire usted, mas le sorprenderian á usted otras.*Luisa.* En fin...*Eduardo.* Acabe usted.*Luisa.* Usted es el que ha de acabar.*Eduardo.* No, si yo no he empezado todavía.*Luisa.* Pero...*Eduardo.* Otro pero? tiene usted abundancia de esa fruta.*Luisa.* (Vaya un hombre particular!...)*Eduardo.* En fin, señora, voy á esplicárselo á usted todo. *(Levantándose.)**Luisa.* Gracias á Dios.*Eduardo.* Tenga usted la bondad de sentarse.*Luisa.* No es necesario.*Eduardo.* Pues entonces no digo una palabra.*Luisa.* Jesus! me sentaré. *(Se sienta.)**Eduardo.* Ha de saber usted, señora, que yo no tengo nada que hacer, absolutamente nada. Vivo en Madrid hace cinco años, y mi única ocupacion se reduce á pasear las calles y á visitar los cafés y los teatros. Tengo además una costumbre, y es la siguiente: cuando me canso de mi paseo, entro en la primer casa que se me ocurre y me siento á descansar. Será una costumbre poco política, pero en cambio es muy cómoda. Hoy me ha sucedido esto precisamente, y le ha tocado á su casa de usted.*Luisa.* (Mentira, esto es una escusa.) Y nada mas le trae á usted aquí?

Eduardo. Nada mas.

Luisa. Apenas puedo creerlo ; usted ha venido aquí con alguna intencion.

Eduardo. Es claro.

Luisa. De veras?

Eduardo. Sí, la de descansar de mi paseo.

Luisa. Usted acostumbra á pasear mucho esta calle.

Eduardo. Ah! sí, es mi favorita entre las calles de Madrid; me entretienen sus hermosas tiendas de quin-calla.

Luisa. Y aun le he visto yo á usted fijar sus miradas...

Eduardo. Efectivamente, siempre fijo mis miradas...

Luisa. En una...

Eduardo. Sí, en una mona que hay en el escaparate de los tirolese.

Luisa. Ah!

Eduardo. (Tómate esa y vuelve por otra.)

Luisa. Es decir que...

Eduardo. Es decir que me gustan las monas.

Luisa. Yo habia creído que sus miradas se dirigian á una mujer.

Eduardo. Señora, no me hable usted de mujeres; yo no las miro en mi vida. (Cuando cierro los ojos.)

Luisa. Qué oigo! de veras?

Eduardo. Tan de veras; la mujer es un animal dañino, y no quiero que me introduzca su veneno en el co-razon.

Luisa. Nos juzga usted mal.

Eduardo. Como ustedes se merecen.

Luisa. Es decir que no habrá usted amado nunca?

Eduardo. Jamás: el amor es una fruta que me empalaga, y no quiero esponerme á una indigestion.

Luisa. (Ay! me alegro mucho, este hombre me con-viene.)

Eduardo. Sí señora. La mujer para mí es un objeto de lujo, no una necesidad.

Luisa. Entonces no pensará usted en casarse?

Eduardo. Pche... no digo que no; pero el dia que lo haga tomaré la mujer como quien compra un dige para el reló.

Luisa. Es usted demasiado duro con las muieres.

Eduardo. Pues mire usted, señora, al que es mas blanco le amasan ellas como les dá la gana.

Luisa. Y no cederia usted á los encantos de ninguna belleza?

Eduardo. Yo? no señora, no cedo jamás á los encantos de nadie.

Luisa. Y si se presentase á su vista una lindísima joven, con unos ojos celestiales, con una mirada dulce y una espresion angelical?...

Eduardo. La veria como el que ve una Virgen de Murillo; y pasaria adelante cantando la jota ó el himno de Riego.

Luisa. Entoncés usted no debe tener corazon.

Eduardo. Creo que sí, pero no estoy seguro.

Luisa. (Voy á hacer una prueba.) Míreme usted.

Eduardo. (Quiere hacerme caer en el garlito.) Obedezco.

Luisa. Qué encuentra usted de particular en mi cara?

Eduardo. En su cara de usted? una cara como todas las caras de todas las mujeres.

Luisa. Pero mas ó menos...

Eduardo. Sí, mas ó menos... por ejemplo, usted tiene mas boca y menos nariz que otras.

Luisa. Eso es llamarme chata.

Eduardo. Una cosa muy parecida.

Luisa. Es decir que yo no podria inspirarle...

Eduardo. Usted?... Señora, todos los dias tengo yo una docena que valen mil veces mas que usted, y no hallo inconveniente en cambiarlas por un papel de fumar.

Luisa. Caballero...

Eduardo. Con que saque usted la cuenta; á usted la trocaria por la dozava parte de un papel de fumar dividida en mil pedazos. Es una regla exacta de aritmética.

Luisa. Eso es demasiado. En mi vida me han dicho semejante cosa.

Eduardo. Ahí verá usted, lo que no sucede en un año, sucede en un dia. (Se la cae el pañuelo á Luisa,

Eduardo lo recoge, y al entregárselo le besa la mano.)

Luisa. Ah! caballero! eso es poco...

Eduardo. Es poco? pues venga, le daré á usted otro.

Luisa. Es poco político; atreverse á besar la mano, y sin decir...

Eduardo. Es mi sistema; yo hago todas las cosas así, sin decir una palabra.

Luisa. (Se va haciendo pesada la visita.)

Eduardo. (Se hace larga la entrevista, y no adelantamos un paso.)

Luisa. Eh?

Eduardo. Qué?

Luisa. Decía usted?...

Eduardo. No, yo no, usted.

Luisa. Me parece que la mona le estará á usted esperando para que la contemple.

Eduardo. Me es igual; ahora estoy contemplándola á usted.

Luisa. Es decir que me compara usted?... Caballero, eso es por demás.

Eduardo. Ea, ahora va usted á enfadarse; es decir que si fuera usted hombre tendríamos un desafío: hé aquí las consecuencias por la manera de tomar las ofensas; usted ha creído que yo la he llamado mona; pues llámeme usted mico y estamos en paz.

Luisa. Eh! hasta.

Eduardo. Y se pone usted seria? A que no? vamos á ver, ríase usted.

Luisa. Ja! ja!... vaya, qué hombre tan original!

Eduardo. Jesus! qué dientes tan feos!

Luisa. Caballero, esto no se puede sufrir. Aquella es la puerta.

Eduardo. Esto es despedirme.

Luisa. Si usted lo comprende...

Eduardo. Señora, que usted lo pase bien; hasta el valle de Josafat.

Luisa. Vaya usted con Dios.

Eduardo. Abur. (Vase.)

ESCENA VIII.

LUISA.

Jesus, qué salvaje; no se le puede resistir; pues vaya una manera que ha tenido de tratarme. Oh! yo

que creía haber conquistado su corazón, estoy ahora tocando el desengaño.

ESCENA IX.

LUISA. CATALINA.

Catalina. Qué? se arregló todo?

Luisa. Es un imbécil; ha tenido la desvergüenza de decirme que soy fea, y que no había causado ninguna impresión en su corazón.

Catalina. Oh! pues es una felicidad para usted.

Luisa. Calla, necia; vaya una felicidad!

Catalina. Sí señora; no buscaba usted un hombre que la amara y no la amara? es decir, que no fuera capaz de amar á ninguna mujer?

Luisa. Tienes razón; pero este lo hace tan al vivo, que me he visto obligada á despedirle.

Catalina. Le ha despedido usted? Entonces lo hemos perdido todo. Jesús, tanto que cuesta de cazar un novio! en lugar de haber cerrado la puerta para que no se escapara, le despide usted! es lo mismo que abrirle la jaula á un pájaro.

Luisa. Dices bien, ya lo siento. Mira, mira si está en la calle y hazle una seña.

Catalina. Oigo pasos.

Luisa. Es cierto.

ESCENA X.

DICHAS. EDUARDO.

Luisa. Ah!

Catalina. Es él.

Eduardo. Buenos días, señoras; ustedes están buenas? me alegro mucho. (*Se sienta.*)

Luisa. Caballero...

Eduardo. Señora? ah! estrañará usted que me haya sentado; pues mire usted, no es estraño, porque estoy muy cansado.

Luisa. Pero...

Eduardo. Otro pero? pues señor, voy á tener un cólico de peros, según los que usted me hace tragar.

Luisa. (Has visto cosa mas original?) (A *Catalina.*)

Catalina. (Precisamente lo que á usted le conviene.)

Eduardo. Ah! me he dejado por aquí los guantes?

Luisa. Si los lleva usted puestos.

Eduardo. Es verdad, tiene usted razòn; como son de piel de cabrito...

Luisa. Justo, la confundia usted con la suya. Pero, caballero, esto no puede seguir adelante; qué es lo que usted busca en esta casa?

Eduardo. Cómo! tiene usted derecho para averiguar mis pensamientos?

Luisa. No, pero tengo derecho para saberlo, porque está usted en mi casa.

Eduardo. Señora, yo soy socialista, y quiero la comunidad de bienes; para mí no hay tuyo ni mio, todo es nuestro. En fin, yo he venido aquí, porque la aborrezco á usted, porque la detesto, porque...

Luisa. Entonces podia usted haberse ahorrado de venir.

Catalina. (A *Luisa.*) (Este le conviene á usted.)

Luisa. (Ya, pero no querrá casarse conmigo.)

Eduardo. Sí señora, me es usted insoportable, como me lo son todas las mujeres, ángeles malos, venidos para hacer la desventura del hombre.

Luisa. La mujer es la manzana de...

Eduardo. No me gustan las manzanas; en mis huertos acostumbro á dárselas á los cerdos.

Luisa. Caballero!...

Eduardo. Sí señora, aborrezco á las mujeres; y á usted sobre todo, la desprecio, la odio, la... en fin, quiero casarme con usted.

Luisa. Ah! y cómo puede usted ofrecer su mano á una mujer sin quererla?

Eduardo. Señora, yo no la he ofrecido á usted nada.

Luisa. Ya, pero si yo admitiese, tendria usted que darme su mano...

Eduardo. Se equivoca usted, lo que haria sería pres-társela mientras nos echáran la bendicion; pero despues me quedaria con ella.

Luisa. Es decir que usted casándose sin amor...

Eduardo. Diria: hé aquí mi mujer, he comprado este mueble mas para adornar mi habitacion.

Luisa. Caballero, qué es eso de comprar? una mujer no tiene precio como un mueble.

Eduardo. Se equivoca usted; una mesa de escritorio vale mil reales, y otro tanto cuesta un breve para casarse; luego por el mismo dinero se compra una esposa que una mesa de escribir.

Luisa. Y si usted llega á contraer matrimonio hará caso de las otras mujeres?

Eduardo. No señora, no haré caso de una sola (que será la mia).

Luisa. Si eso fuese cierto...

Eduardo. Téngalo usted por seguro.

Catalina. (Decidase usted, señora, que la ocasion es calva.)

Luisa. Pues...

Eduardo. Ah!

Luisa. Qué?

Eduardo. Nada, nada, usted dirá.

Luisa. Esta es mi mano.

Eduardo. (Voy á hacerla padecer.) Es verdad, tiene usted razon, y aquella otra tambien es de usted, y estas dos son mias.

Luisa. Pero usted no la ha pedido?

Eduardo. Yo? Señora, para qué queria yo tres manos? tengo suficiente con dos.

Luisa. Es que con ella va el corazon.

Eduardo. Eso es diferente, entonces...

Luisa. Acepta usted?...

Eduardo. Sí. (Cogiéndola la mano.) Oh desgracia! oh desventura! oh infortunio! Te aborrezco! Te odio! Te... (Dándole un beso á cada exclamacion.)

Luisa. Vaya un cariño!

Eduardo. No es cariño, señora, es desesperacion.

Luisa. Un casamiento por desesperacion?

Eduardo. Es como otra cualquiera barbaridad; me habia de arrojar al Canal, me caso con usted.

Catalina. Vamos, no finja usted mas.

Luisa. Qué?

Catalina. Sí señora, lo sabia todo; él la adora á usted.

Luisa. Acaso tú?...

Catalina. Sí, yo, yo se lo he dicho para que se declarára como usted deseaba. Ahora, señorito,

me debe usted un napoleon que me ha ofrecido.
Eduardo. (*Metiendo la mano en el bolsillo.*) Sí, te lo daré.

Catalina. Es el tercero.

Eduardo. Ah! es el napoleon tercero? pues entonces no puedo dártelo, porque se marcha á la Crimea á pelear con los rusos.

Catalina. Qué tengo yo que ver con los rusos? no me ha dado usted antes dos?

Luisa. Yo te daré los demás.

Eduardo. Con que seremos muy felices, yo aborreciéndote siempre y aborreciendo á todas las mujeres...

Luisa. Y yo amándote mucho.

Ahora solo nos falta;
 para que completa sea
 nuestra dicha, que un aplauso...

Eduardo. Calla, Luisa, no quieran hacerlo todo al revés como nosotros; que vean la modesta petición, y que silben cuanto puedan... mas con el pico cerrado y con las manos abiertas.

FIN DE ESTE JUGUETE.

1870

...

...

...

...

...

...

...

...

...

...

...

...

el rey.—Gabriel.—Gabriela de Belle Isle.—Galan duende.—Ganar perdiendo.
Vega.—Gaspar el ganadero.—Gastrónomo sin dinero.—Gata mujer.—Geor-
—Gran capitán.—Grumete.—Guante de Coradino.—Guantes amarillos.—G-
Guillermo Tell.—Guzman el Bueno.—Gracias de Gedeon.—Garrás del diabl-
neros ultramarinos.
fin nadie es dichoso.—Hacerse amar con peluca.—Hermana del sargento.—
or castellano.—Héroe por fuerza.—Heroísmo y virtud.—Higuamota.—Hija
el regente.—Hija, esposa y madre.—Hijo de la tempestad.—Hijo de la viud-
.—Hijo predilecto.—Hijos de Eduardo.—Hijos de Satanás.—Hombre tle biez-
—Hombre de mundo.—Hombre mas feo de Francia.—Hombre misterioso.—
—Hombre feliz.—Honor español (comedia).—Honor español (alegoría).—Honori-
cho.—Hostería de Segura.—Ilaz bien sin mirar á quién.—Hombre propon-
Gil.
saciones.—Incertidumbre y amor.—Independencia.—Independientes.—Infa-
liga y amor.—Intrigar para morir.—Ir por lana.—Isabel de Babiera.—Yerr-
—Ya murió Napoleon.
I.—Ja draque y París.—Juana de Castilla.—Juana y Juanita.—Juan Dandolo
—Juan de Padilla.—Judía de Toledo.—Juglar.—Juicios de Dios.—Jusepo
en Santa Gadea.—Justicia aragonesa.—Juan el tullido.—Juego de la gallina
de Carnaval.—Lázaro ó el pastor.—Lealtad de una mujer.—Libelo.—Lóca
a fingida.—Lobo marino.—Lo vivo y lo pintado.—Lucrecia Borgia.—Luci-
isa.—Luis onceno.—Llueven bofetones.—La pasión y muerte de Jesus.—
—Llanza.—Luis y Luisito.
an.—Macías.—Madre de Pelayo.—Magdalena.—Makbet.—Mansion del cr-
cuál de los tres.—Marcelino el tapicero.—Margarita de Borgoña.—María Re-
a bailarina.—Marido de mi mujer.—Marido y el amante.—Marino Faliero.
s valé llegar á tiempo.—Máscarareconciliadora.—Matamuertos y el cruel.—
—Maspagnoleto.—Matilde.—Me voy á casar.—Me voy de Madrid.—Médico y hué-
rordinarias.—Mejor razón la espada.—Memorias del diablo.—Memorias
morias de un padre.—Mentir con noble intencion.—Mercader flamenco.—
pleo y mi mujer.—Miguel y Cristina.—Mi honra por su vida.—Mi Secretari-
e Madrid.—Mi lio el jorobado.—Molinera.—Molino de Guadalajara.—Mo-
lucedades de Hernan-Cortés.—Muérete y verás.—Mujer de un artista.—Mu-
jer literata.—Mulato.—Mauregato, ó el feudo de cien doncellas.—Maestro
maestro de baile.—Mancho, piso y quemo.—Mesa giratoria.—Martirios d-
vale tarde que nunca.—Matrimonio civil.
ni el sobrino.—Noche toledana.—No ganamos para sustos.—No hay mal
ga.—No hay humo sin fuego.—No mas mostrador.—No mas muchachos.—
es ciego.—Novia de palo.—Novio y el concierto.—No hay vida mas qu-
de verano.—Nuevo sistema conyugal.—Novio de China.—Noche de Villala-
ual noble aun con celos.—Ocasión por los cabellos.—Odio y amor.—Oliva
casa con dos puertas.—Otro diablo predicador.—Ocasion.
marino.—Pablo y Paulina.—Paciencia y barajar.—Pacto del hambre.—Pa-
s dela novia.—Padrino á mogicones.—Page.—Palo de ciego.—Pandilla.—Pa-
ria.—Parte del diablo.—Partidos.—Para un traidor un leal.—Partir á tiemp-
ranza.—Pata de Cabra.—Pedro Fernandez.—Pelo de lá dehesa, 1.ª parte.—
2.ª parte.—Peluquero de antaño.—Pena del Talion.—Perder y cobrar el
arcelona.—Periquito entre ellos.—Perros del monte de S. Bernardo.—Pes-
Pilluelo de París.—Plan de un drama.—Plan, plan.—Pluma prodigiosa.—P-
—Poeta y beneficiada.—Polvos de la madre Celestina.—Ponchada.—Por
no explicarse.—Por no decir la verdad.—Pozo de los enamorados.—Premio
ensa libre.—Primera leccion de amor.—Primero yo.—Primeros amores.
pe de Viana.—Probar fortuna.—Pro y contra.—Proscripto.—Protestante.—
onyugal.—Puntapié y un retrato.—Puñal del godó.—Por derecho de con-
da.—Principio de un reinado.—Programa de Manzanares.
mbre tan amable.—Quien mas pone pierde mas.—Quiero ser cómica.—Qu-
Quince años después.—Quien á cuchillo mata.
te y la carta.—Redaccion de un periódico.—Redoma encantada.—Repúb-
y monge.—Rey loco.—Rey se divierte.—Rey y el aventurero.—Reina por
—Ribera ó la fortuna, etc.—Ricardo Darlington.—Rico por fuerza.—Rigo-
—Roberto D'Arvelde.—Roberto Dillon.—Rodrigo.—Rosmunda.—Rueda
arte.—Rueda de la fortuna, 2.ª parte.—Robert Macaire.—Rey de los azotes.
nales.
—Sancho García.—Santiago el corsario.—Secretario privado.—Segu-

—Soto.—Soto mayor.—Stradella.—Shakespeare enamorado.—Si te pica, ráscate que pueda.—Soy yo, zarzuela.—Santiaguillo, zarzuela.—Sueños de amor.—Tanto vales cuanto tienes.—Tasso.—Teodoro.—Testamento.—Tienda del rey don Sebastián de Bengala.—Tío Marcelo.—Tío Tararira.—Todo es farsa en este mundo.—Tomás é groma.—Toros y cañas.—Tran Tran.—Tras él á Flandes.—Travesuras de Juan sus cabellos.—Tres enemigos del alma.—Trovador.—Tu amor ó la muerte.—Tutora.—Tomás el montañés.

—Galería.—¡¡Vaya un par!!—Vellido Dolfos.—Veneciana.—Venganza de un caballero de un pechero.—Ventorrillo de Alfarache.—Ventas de Cárdenas.—Vengar con.—Vicente Paul, ó los espositos.—Vaso de agua.—Verdad por la mentira.—Verdades.—Vieja del candilejo.—Vigilante.—Viriato.—Virtud en la deshonra.—Visita de Estanislao.—Valentin el guarda costas.—Ver para creer.—Víctima de la calumnia.—Alma de artista.—Un año y un día.—Un artista.—Un desafío.—Un día de campo.—Un francés en Cartagena.—Un liberal.—Un ministro.—Un monarca y su piovig para la niña.—Un novio á pedir de boca.—Un par de alhajas.—Un pasco á la poeta y una mujer.—Una onza á terno seco.—Un rebato en Granada.—Un secreto.—Un secreto de familia.—Un tercero en discordia.—Un tío en Indias.—Una aventura.—Una ausencia.—Una boda improvisada.—Una cadena.—Una vieja.—Una de tantas.—Una mujer generosa.—Una noche en Burgos.—Una retirada á tiempo.—Una conspira.—Un verdadero hombre de bien.—Un cambio de mano.—Un Jesuita.—Un rey hay muchos.—Un trueno.—Un baile de candil.—Ultima calaverada.—Una perla.—Una noche y una aurora.—Union liberal.—Un pie y un zapato.—Un error frenológico.—Un drama de familia.—Un noble de nuevo cuño.—Un tenor, un gallego.—Zaida.—Zapatero y rey, 1.ª parte.—Zapatero y rey, 2.ª parte.

OBRAS.

Arro: cuatro tomos en 8.º marquilla con el retrato y biografía, 100 rs.
Arroz: Derecho real, 2 tomos, 40.
Asi: Derecho penal, 2 tomos, 36.
Economía de Arago: un tomo, 14.
Asias de D. José Zorrilla: se venden coleccionadas y por tomos.
 — de D. José de Espronceda, con su retrato y biografía: un tomo
 — de D. Tomás Rodríguez Rubí: un tomo, 40.
Azucena silvestre por D. José Zorrilla: un tomo, 10.
Apoyos poéticos de D. Juan Eugenio Hartzenbusch: un tomo, 20.
Islandia de Cuba considerada económicamente, por el Sr. D. Ramon Pasaron
 tra, Intendente que fué de la misma: un tomo en 4.º, 12.
Loggia de los hombres libres: un tomo, 8.
Propuesta al dogma de los hombres libres: un tomo, 6.
Proposiciones del Estudiante, en verso y prosa: un tomo, 12.
Comaquia de Montes: un tomo, 44.
Comorias del príncipe de la Paz: seis tomos, 70.
 — de declamacion, por Latorre, un folleto, 4.

ESTA GALERIA

de mas de 700 producciones, de las que se han formado:
12 tomos del teatro antiguo español de Tirso de Molina.
80 idem del moderno español.
40 idem de idem extranjero.

PUNTOS DE VENTA.

en Madrid en la librería de la Viuda é Hijos de D. José Cuesta, y en las principales.
 en Provincias en las principales.